

Escritura de viaje, peronismo y ficcionalización: Ezequiel Martínez Estrada en Suiza

*Mariana Moraes Medina*¹
ANII/Universidad de Montevideo

Resumen

Este artículo analiza los borradores de los testimonios del viaje de Ezequiel Martínez Estrada a Suiza en 1957. El principal interés de este material inédito radica en que presenta una elaboración sumamente experimental y desconocida en la obra del “ensayista nacional”. La hibridez genérica, la presencia de elementos absurdos, satíricos y surrealistas, entre otros, reflejan una fuerte ficcionalización del relato de viaje. El presente trabajo propone leer esas peculiaridades poéticas en relación a la crisis ideológica del autor, así como en relación a las tensiones del campo político argentino de finales de la década del cincuenta, en especial, las vinculadas al peronismo.

Palabras clave: Martínez Estrada, literatura de viaje, Suiza, peronismo

Abstract

This article analyzes the drafts of Ezequiel Martínez Estrada’s memoirs about his 1957 journey to Switzerland. The main interest of this unpublished material is that it presents a highly experimental and unfamiliar development in the work of the “national essayist”. The generic hybridity, the presence of absurd, satirical and surreal elements, among others, reflect a strong fictionalization of the travel story. The present work proposes to read those poetic peculiarities in relation to the author’s ideological crisis and in relation to the tensions of the Argentinian political field of the late fifties, especially those linked to Peronism.

Keywords: Martínez Estrada, Travel Literature, Switzerland, Peronism

¹ Doctora en Letras por la Universidad de Navarra y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI-ANII) de Uruguay. Es profesora investigadora del Centro de Documentación y Estudios de Iberoamérica (CEDEI) y de la Universidad de Montevideo (UM). En su producción destacan trabajos sobre literatura de viajes, revistas culturales, redes intelectuales y circulación de ideas en América Latina. Correo electrónico: mmoraes.medina@gmail.com

Viaje, heterodoxia y conversión

El presente trabajo se ocupa de la escritura de viaje de Ezequiel Martínez Estrada, puntualmente, de los relatos derivados de su estadía en Suiza en 1957, un material sumamente atípico en relación al conjunto de su obra y al mismo tiempo relevante para acercarse al proceso de transformación ideológica y reubicación en el campo intelectual argentino que emprendió el escritor en la segunda mitad de la década del cincuenta.

El punto de partida ineludible para comprender el viraje del autor se encuentra en el triunfo de Perón en las urnas, en 1946, pues la instalación de un paisaje político y social radicalmente trastocado por el populismo generó una prolongada conmoción entre los intelectuales en general, pero especialmente entre los liberales.² La élite letrada rechazó férreamente al peronismo, al cual veía como un fascismo vernáculo. El nervio del conflicto entre el régimen y los intelectuales puede ubicarse en la oposición de estos últimos al ingreso de ciertos sectores sociales a los espacios de poder que consideraba propios y también porque el gobierno del general Perón no tuvo una política cultural que prestigiara la labor de los escritores y artistas (Navascués, 2017). Durante el primer peronismo fue corriente la expulsión de los académicos e intelectuales opositores de sus puestos en universidades e instituciones públicas, entre otras formas de coerción y amordazamientos. Ante este panorama, desde finales de la década del cuarenta, Martínez Estrada se sumió en un prolongado ostracismo, un insilio que se vio profundizado por la enfermedad (una soriasis nerviosa que, según él, era la somatización del trauma peronista).

Durante ese tiempo se iría gestando en él un nuevo modo de comprender y explicar el populismo, un análisis que terminó de cobrar forma tras el derrocamiento de Perón en 1955, cuando el autor de la *Radiografía de la pampa* constató la quiebra del proyecto liberal en la

2 Martínez Estrada fue uno de los representantes ideológicos de este sector. Su obra ensayística, la que le aseguró el estatus de “intérprete del ser nacional”, reproducía el proyecto civilizador y elitista decimonónico que podría considerarse la clave identitaria de este grupo (Avellaneda, 1983, págs. 9-12). Aunque tuvo orígenes humildes –no formó parte de la “aristocracia del dinero”– su consagración en el campo intelectual argentino se dio gracias a los medios y agentes de la élite liberal. Los años previos a la instalación del peronismo en el poder y los inmediatos representaron para el escritor un período de gran productividad y reconocimiento. En 1942 viajó a Estados Unidos como invitado de la política de Buena Vecindad. Escribió estudios sobre Nietzsche, Hudson, Montaigne, Quiroga, el Martín Fierro y Sarmiento. Por entonces contaba ya con el Premio Nacional de Literatura (en tres oportunidades 1922, 1929 y 1933), a lo que sumó la presidencia de la Sociedad Argentina de Escritores (1942-43). En 1946 se integró al comité editorial de la revista *Sur*. En 1948 recibió el “Gran premio de Honor” de la Sociedad Argentina de Escritores y en 1949 esta lo propuso como candidato al Premio Nóbel.

marcada “derechización” del gobierno de la “Revolución Libertadora” (1955-1958). Como muchos otros intelectuales opositores (Ernesto Sábato, María Rosa Oliver o Rodolfo Walsh), Martínez Estrada decidió desmarcarse rotundamente del antiperonismo visceral en el que había militado. A partir de entonces, llevó adelante una revisión del fenómeno populista que incluyó una condena de la clase dirigente y del proyecto liberal pues, desde su perspectiva, estos habían sido incapaces de dar a luz un proyecto verdaderamente integrador: se habían construido de espaldas al pueblo. Según el ensayista, esa falla aseguró el éxito de Perón, quien sí pudo responder a las necesidades de las masas populares, en especial, porque supo leer el estado de orfandad de estas.³ Fue así como la publicación de los libros *¿Qué es esto? Catilinaria y Cuadrante del pampero* en 1956, y *Las 40 y Exhortaciones* en 1957 –en los que vehiculizó esos planteos e invectivas– signó su distanciamiento de la élite y la cultura liberales a las que había servido durante cerca de tres décadas. Pero aparte de las duras críticas al peronismo y a los liberales, estas obras expresan una metamorfosis radical en el autor, que lo desplaza hacia la izquierda y que pasa por declararse al servicio del pueblo, una entidad que no había comprendido en sus ensayos de interpretación nacional. Hasta entonces, admitió, había estado escribiendo sobre una Argentina que no había visto.⁴

Como ha estudiado Adriana Lamoso (2017), Martínez Estrada, para legitimarse en este desplazamiento ideológico, trabajó en una nueva figuración pública de sí mismo que incluyó las facetas del escritor pobre y enfermo, el luchador social, el profeta de las reconveniones morales, el intelectual heterodoxo, descastado, desplazado o “fuera de lugar” por defender las causas del pueblo. Por otra parte, hay que sumar a la representación discursiva de su conversión el hecho de que se embarcara en el activismo político-social, en especial, su adhesión a la Liga Argentina por los Derechos del Hombre⁵ y la militancia antiimperialista –decididamente

3 Su revisión incluyó uno de los pronósticos más desagradables para los oídos de la élite liberal: el regreso endémico del peronismo, anuncio que, con el tiempo, acentuó su condición de “profeta”.

4 Sus ensayos manifestaron prolongadamente la incompreensión de lo popular y fueron impugnados muchas veces por otros intelectuales (en especial por Arturo Jauretche y los jóvenes de *Contorno*), quienes cuestionaban su “representatividad”, es decir, la validez de su interpretación de la Argentina. En este sentido, lo que generaba más rechazo entre sus detractores era que el autor que se había consagrado como intérprete de la Argentina moderna, manifestara una gran resistencia a la comprensión de las masas populares.

5 Este organismo, nacido en la sede del diario *Crítica* en 1937, tenía como principal objetivo exigir al gobierno el respeto de las garantías constitucionales. La represión y persecución de opositores políticos estaban instaladas en Argentina desde la dictadura

antiestadounidense– y a favor de la causa de la paz. Separado de los “dueños de la Patria” y habiendo asumido un posicionamiento como “intelectual comprometido”, el escritor vio cómo se le cerraban muchas puertas en su país; se le abría, en cambio, un notorio internacionalismo, que lo llevaría a Suiza y a la Unión Soviética en 1957, a México y a Viena en 1959 y a Cuba, donde residirá entre 1960 y 1962.

Sin ir más lejos, el viaje a Suiza estuvo vinculado con el activismo pacifista y debe entenderse en relación a una experiencia de “turismo ideológico” en la Unión Soviética. Si bien el autor no simpatizaba con el comunismo, accedió a disfrutar de la hospitalidad que este ofrecía a los intelectuales afines a su credo político o a algunas de sus causas culturales a través de diversos programas de visita.⁶ La curiosidad por el mundo resguardado detrás de la Cortina de Hierro (alimentada por el deseo estetizante de peregrinar hacia los lugares donde vivieron los grandes literatos de la Rusia presoviética) y la ya referida heterodoxia posterior a la “Revolución Libertadora”, hicieron que el ensayista aceptara la invitación que le extendía el Comité por la Paz Mundial.⁷ Pero antes de pisar los territorios del “Edén rojo”, en el mes de septiembre de 1957, el viajero debió detenerse en Suiza,⁸ en una suerte de escala imprevista debido a un intrincado periplo burocrático de telégrafos, cables, cartas y oficinas que demoraban la concesión del visado soviético. Obligado a esperar su documentación, el escritor transitó por las ciudades de Zúrich, Lucerna,

de Uriburu, pero se vieron notoriamente acentuadas tras el golpe de Estado que derrocó a Perón.

6 “Supe que los intelectuales eran bienvenidos tras la cortina; que al llegar se les encomendaban algunos artículos y transmisiones de radio, se les hacían reportajes; todo para tener el pretexto de obsequiarlos con algún dinero para los gastos menudos. El hospedaje, la movilidad y los agasajos eran por cuenta de la Unión Soviética. Eran gentes hospitalarias que se congratulaban en recibir visitas; que todo se hacía con impecable delicadeza para no herir el amor propio de los favorecidos; y que existía el antecedente de numerosas comitivas que partieron y volvieron indemnes, repletos de experiencias invalorable y de dádivas. Era preciso que venciera mi timidez, que cerrara los ojos y me dejara llevar en andas por el hemisferio del sol naciente” (Martínez Estrada, 1957, “U.R.S.S.”).

7 En Martínez Estrada, esta inquietud pacifista puede rastrearse en su devoción por el pensamiento de Gandhi, Thoreau y Simone Weil. La asunción de una faz más comprometida con la causa coincide con su acercamiento a Leonidas Barletta y la red de intelectuales argentinos que participaban en las actividades del Consejo Mundial de la Paz, que congregaba a comunistas y liberales progresistas. Por este compromiso y estas redes, en 1959, asistió al Festival Mundial de la Juventud celebrado en Viena.

8 También visitó Italia, pero no se conserva ningún testimonio de ese viaje. Las razones para agregar a su itinerario ciudades de Suiza e Italia radicaban, según declaró, en su devoción por “las tierras generadoras de la democracia y el arte” (Martínez Estrada, 1957).

Ginebra y Berna, experiencia que quedó registrada en un conjunto de escritos que restaron inéditos.⁹

Nota filológica

Yasnaia Poliana -
Preferí emplear el tiempo en una visita, y P. la casa de Tolstói. Había visitado ya, en Neuchâtel,
el Museo y la casa donde nació más de cincuenta años, lo más terrible de sus crisis religiosas y políticas.
En el Museo está un ejemplar de la obra póstuma de Tolstói, dos fantásticos retratos, cuatro o cinco, y
algunos muebles y la mascarilla en un frontal. La mascarilla de Tolstói, imperiosamente, pues
es en sus rasgos, la cabeza restituida más que malco, tan fielmente la se le vaciada. Han
habido muchos cabellos, finos, blancos. La expresión del rostro es beatífica, de una
infancia, de una sencillez. La impresión de su experiencia es tan poderosa y tan diferen-
te de todas las experiencias anteriores, que exclama: «es un santo!» La mascarilla de Tolstói es, en
su confesión, de la, aunque se nos han conservado la él en fotografías, y en los
minutos momentos es el de los momentos, se clora en él desde los comienzos, pero en estos
los hechos, los hechos, la palabra de apostolado, feo y el mismo tiempo ^{apostolado} que
toda la vida y de los se. La mascarilla de Tolstói es la de un hombre que ha sufrido
inmensamente y se ha convertido y perdonado. Lo he visto, contemplándole como yo lo
contemplé para fijarlo en mi memoria para siempre, se era de piel tersa, juvenil, a
la que no hubiera apostolado en tersura y pesa la intemperie, ^{de sus puntos} los puntos, y en sus
en la situación de que lo contemplara durante su vida.
(bb) La casa donde nació desde 1881 hasta 1901 ^{separado} en Neuchâtel es un hogar de un hijo,
allí está el mueble, los cuadros, el piano, vajillas, en un momento de su vida, y
nació allí escribió y dijo de su persona personalidad un influjo que individualmente
persiste en los objetos, en el ambiente, en lo que fue como la estructura de sus experiencias
materna. Descaba de la casa solana ya, en Yasnaia Poliana y ese dominio
se muy fino y hermoso. Salieron en ante y lo que después después de cuatro
años de viaje, bajo una persistente nevada. Con la cámara atravesó una ha-
mura de Tolstói como los muertos, y atravesó al día siguiente de T. O.

Folio manuscrito del testimonio de la visita de Martínez Estrada a Yasnaia Poliana (Unión Soviética), sitio donde está emplazada la casa de campo que habitó Tolstói durante los últimos años de su vida y donde instaló una escuela para los hijos de los campesinos.

9 A excepción de Christian Ferrer (2014), quien ha resuelto la perdurable omisión de este viaje en las biografías y cronologías de Martínez Estrada, hasta el momento el mismo no ha recibido la atención crítica que merece.

El referido viaje de Martínez Estrada a la Unión Soviética dejó como resultado un buen número de textos que, en su mayoría, no fueron publicados. En la completísima bibliografía del autor elaborada por Carlos Adam bajo las directrices del propio Martínez Estrada, los manuscritos relativos al viaje de 1957 aparecen catalogados como: “Notas de viajes: U.R.S.S. Berna. Zúrich. Lucerna. Ginebra. Yasnaia Poliana” (Adam, 1968, pág. 131).¹⁰ Al consultarlos se accede a escritos en condición de borradores¹¹ aunque con un avanzado grado de elaboración. Asimismo, cabe apuntar que estos materiales no son antetextos reconocibles de ensayos, notas u otros escritos que Martínez Estrada haya publicado, lo que consideramos agrega interés a esta indagación.

En estos escritos, el subtexto político es fuerte, por lo que puede afirmarse que funcionan como una caja de resonancia de la Guerra Fría y de la Argentina posperonista. De hecho, a pesar de que Martínez Estrada construyese su relato con una materia propiamente viajera (el conocimiento y experiencia cultural de las ciudades que visitó), el peso de una agenda política (que lo mueve a introducir propaganda, denuncias y legitimaciones en su testimonio) se impuso a aquella. Así, se dan cita en su relato del viaje suizo temáticas como la inestabilidad de las democracias y economías latinoamericanas, la paz mundial, las alianzas de poderes promovida por el capitalismo, la belicosidad estadounidense y el obrerismo argentino.

Pero tal vez lo más sorprendente de estos textos radique en su concepción poética, de fuerte carácter lúdico-experimental. En estas “notas de viaje”, como se verá, Martínez Estrada se recrea en la combinatoria de lo autobiográfico y lo novelesco –realidades que, se asume, conviven en la literatura de viaje– y anula el pacto referencial que es condición de todo testimonio. La fuerte ficcionalización¹² de sus relatos se evidencia

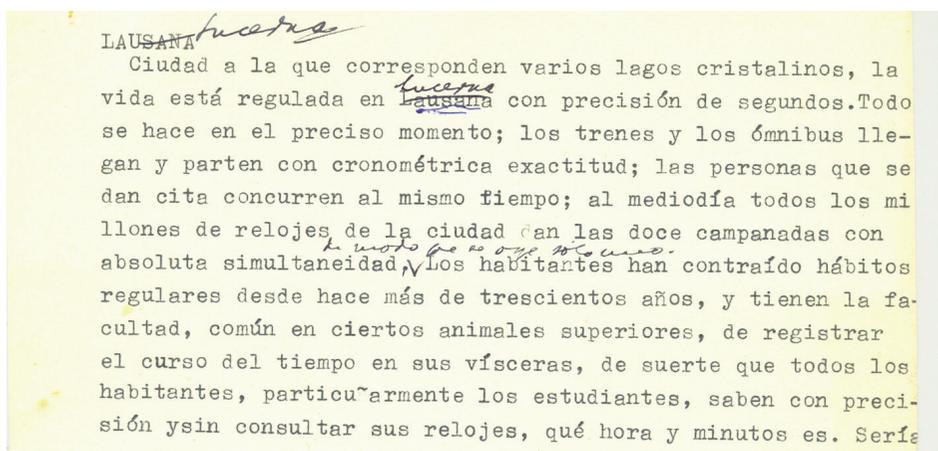
10 Se trata de un total de 94 folios, con paginación irregular y, en su mayoría, mecanografiados (un tercio aproximadamente fue escrito a mano y hace referencia a la visita a Yasnaia Poliana y Moscú). Los textos muestran un grado avanzado de elaboración, con correcciones, tachaduras y agregados de puño y letra del autor sobre las líneas y los márgenes. Los originales se conservan en el Archivo de la Fundación Martínez Estrada (Bahía Blanca), a la que agradecemos la autorización para reproducir algunos fragmentos de los manuscritos en este trabajo. El material se encuentra catalogado de la siguiente manera: Sección Literatura. Subsección originales. Legajo. 22. Título: *Apuntes de Viaje*. Signatura M365. También existe una copia microfilmada de estos textos en la Biblioteca Nacional de la República Argentina, donde pudimos consultarlos para esta investigación.

11 Entendemos por borrador “el momento de textualización que constituye la mediación entre el proyecto inicial de la obra y el texto definitivo” (Biasi, 2008, pág. 13).

12 Entendemos ficcionalización desde el planteo de Iser: como el acto en el que la mentira se superpone a la verdad, pero dejando al descubierto su ficcionalidad. Se trata de un discurso vuelto espectáculo (“staged discourse”). La ficcionalización literaria tiene la estructura del doble significado: “Double meaning takes on the form of simultaneous

en el recurso a estrategias poco comunes en la escritura de viajes, como la sátira, la alegoría, las notas de absurdo y un peculiar desdoblamiento del yo-autoral en otros personajes. En vista de esto, es decir, atendiendo al pacto ambiguo que propone el autor, la hipótesis de lectura que se nos representa como la más apropiada sería la de aproximarse a este material como un ejercicio de autoficción. Para Alberca (2007), la autoficción “se ofrece con plena conciencia del carácter ficticio del yo y, por tanto, aunque allí se hable de la propia existencia del autor, en principio no es prioritario ni representa una exigencia delimitar la veracidad autobiográfica ya que el texto se pronuncia simultáneamente como ficticio y real” (pág. 33). Sin lugar a dudas, el desplazamiento hacia lo ficcional en textos, a primera vista, testimoniales alimenta la singularidad de este material inédito.

Por último, ¿qué habría hecho Martínez Estrada de haber terminado estos textos?, ¿cómo los hubiera dado a leer, esto es, bajo qué pacto o marco de lectura? ¿y por qué no llegó a publicarlos? Si bien en este trabajo no



Folio mecanografiado del borrador del testimonio del viaje a Lucerna, en el que se reconoce la caligrafía de Martínez Estrada en los agregados y correcciones.

alcanzamos a responder estas cuestiones, bien vale plantearlas, declarar los enigmas que deja una génesis textual que ha quedado doblemente abierta: por un lado, inacabada en lo que refiere a su escritura y por otro, indefinida en su edición, proceso este último que hubiera terminado de definir las controvertidas condiciones de su recepción.

concealment and revelation, always saying something that is different from what it means in order to adumbrate something that oversteps what it refers to” (Iser, 1990, pág. 945).

De saqueos y dictadores

El estudioso de la literatura de viajes Georges Van Den Abbeele (1992) ha colocado en un lugar central del análisis de este tipo de relatos al *oikos* del viajero, esto es, al “hogar” o punto de partida en relación al cual todo desplazamiento se estructura y debe ser comprendido.¹³ En esta línea, la lectura que aquí propondremos de las notas de viaje de Martínez Estrada hará hincapié en la representación de la Argentina que estas conllevan, pues tanto en su ensayística como en sus testimonios de viaje, el autor recurrió a contrastar los defectos de su propia sociedad con las virtudes de las que visitaba. En el caso del viaje a Suiza, el contexto nacional era el de una Argentina convulsa, resultado del golpe de Estado de 1955 y del intento del gobierno de Aramburu de imponer un nuevo orden, basado fundamentalmente en la “desperonización” del país. De este modo, la persecución del peronismo y las fuertes fricciones con los sectores obreros instalaron un clima de revuelta social y huelgas que complicaban aún más la profunda y prolongada recesión que sufría la productividad nacional.

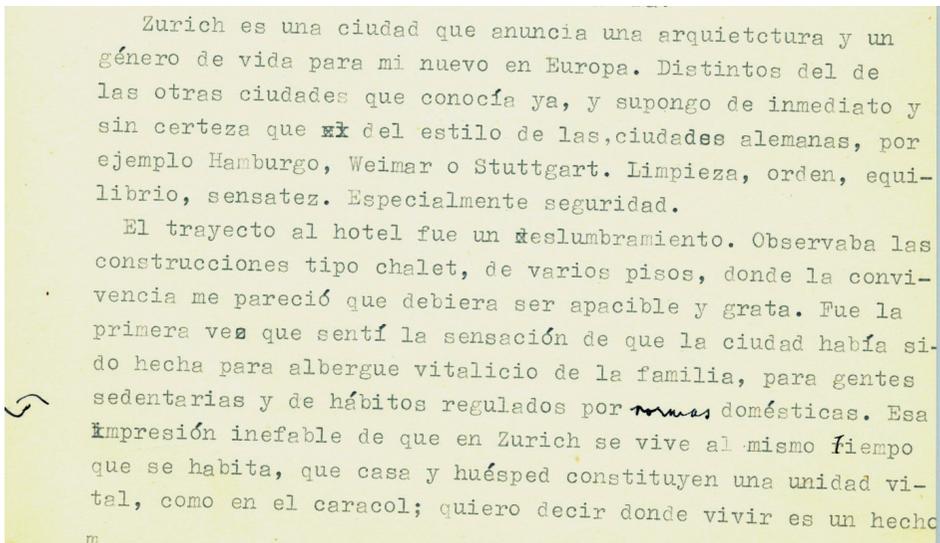
Desde este punto de partida se comprende que al llegar a Suiza el autor apunte que allí “las cosas marchaban bien”; así irá construyendo una imagen del país europeo como la antítesis de la Argentina. Testigo de la prolongada inestabilidad política y económica de esta, el viajero no reprime su entusiasmo ante la virtuosa Confederación Helvética: “país paradisíaco, de paz eglógica y de confraternidad democrática” (Martínez Estrada, 1957, “U.R.S.S.”). Si se observa la tradición del viaje argentino, ya Sarmiento, referente ineludible de Martínez Estrada y de la intelectualidad liberal, había registrado una visión utópica del mundo helvético en su viaje de 1847. Las cartas del sanjuanino manifestaban su desencanto ante una civilización en decadencia –“la miseria i el atraso de la gran mayoría de las naciones europeas”– hasta que Suiza apareció como un oasis en su horizonte. Allí, apuntaba, el hombre se ennoblecía con el trabajo y se elevaba moralmente:

Los mismos brazos que cultivan la tierra en Suiza, fabrican relojes i telas de seda: cada casa posee una industria, i cada villa lanza al aire la columna de humo de su USINA. No tiene rival en Europa la aislada casita suiza, pintada, blanqueada, frotada y barnizada diariamente, i en la cual viven

13 “The positing of an *oikos*, or *domus* (the Latin translation of *oikos*), is what domesticates the voyage by ascribing certain limits to it. The *oikos* defines or delimits the movement of travel according to that old Aristotelian prescription for a ‘well-constructed’ plot, namely, having a beginning, a middle, and an end. Indeed, travel can only be conceptualized in terms of the points of departure and destination (and of the spatial and temporal) distance between them. A traveler thinks of his or her journey in terms either of the destination or of the point of departure” (Abbeele, 1992, XVIII).

diversas familias, pobres pero industriosas como una colmena de abejas, bastándoles una renta o salario de trescientos francos anuales por lo común para entretener aquel lujo de bienestar y de aseo (Sarmiento, 1993, pág. 276).

En la misma dirección va el entusiasmo inicial de Martínez Estrada por este país. Admira la higiene de las calles y edificios, los grupos de *boy scouts* que levantan “los papeles, colillas, boletos de tranvía, envoltorios de caramelos y otros minúsculos objetos que los extranjeros suelen arrojar al suelo inadvertidamente, por falta de sentido colectivo de la higiene o por deficiente educación hogareña” (Martínez Estrada, 1957, “Zurich”); la



Zurich es una ciudad que anuncia una arquitectura y un género de vida para mí nuevo en Europa. Distintos del de las otras ciudades que conocía ya, y supongo de inmediato y sin certeza que ~~es~~ del estilo de las ciudades alemanas, por ejemplo Hamburgo, Weimar o Stuttgart. Limpieza, orden, equilibrio, sensatez. Especialmente seguridad.

El trayecto al hotel fue un ~~reslumbramiento~~. Observaba las construcciones tipo chalet, de varios pisos, donde la convivencia me pareció que debiera ser apacible y grata. Fue la primera vez que sentí la sensación de que la ciudad había sido hecha para albergue vitalicio de la familia, para gentes sedentarias y de hábitos regulados por ~~normas~~ domésticas. Esa impresión inefable de que en Zurich se vive al mismo tiempo que se habita, que casa y huésped constituyen una unidad vital, como en el caracol; quiero decir donde vivir es un hecho

m

Fragmento del testimonio de la estadía en Zúrich.

amabilidad del suizo con el turista, la cercanía de una naturaleza idílica. Le bastan unas horas allí para decidir que Suiza es su “segunda patria”,¹⁴ un lugar

14 Cabe recordar que también Borges consideró al país como una de sus dos patrias. Vivió varios años en Ginebra, a la que definió como “la propicia para la felicidad” (2008, pág. 33). El libro *Los conjurados* –terminado en 1985 en aquella ciudad–, refleja la admiración del poeta por la cultura suiza. En el poema que da título al libro, se presenta al país helvético “como una torre de razón y de firme fe”, capaz de aglutinar pacíficamente las diversas estirpes, religiones e idiomas: “Han tomado la extraña resolución de ser razonables. / Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades”. También en este caso resulta inevitable interpretar esta valoración de la convivencia pacífica en relación a la balcanización de la sociedad argentina, históricamente dividida. A tal punto es Suiza un modelo universal de organización y de “ser en común”, que el poeta señala: “Los cantones ahora son veintidós. El de Ginebra, / el último, es una de mis patrias. / Mañana serán todo el planeta. / Acaso lo que digo no es verdadero, ojalá sea profético” (Borges, 2009, pág. 642).

“santo”, un Vaticano secular, un santuario sin religión en el que se adoran la libertad, la eficiencia y la confraternidad humana. Nación espiritualizada y humanista, Suiza parece ser el paraíso liberal de sus mayores, la unión del progreso y lo europeo.¹⁵

A primera vista el autor retoma el texto cultural más extendido e idealizado de la nación de la estabilidad y la laboriosidad, pero es solo el planteo inicial, pues pronto avanza hacia una segunda lectura, la que muestra la “cara B” de la utopía helvética. Si bien la Confederación se sostenía desde los años cuarenta en los pilares de la neutralidad y la solidaridad, la posguerra abriría otra perspectiva sobre la ordenada nación. El conflicto mundial no la había afectado, pero en 1947 tuvo que firmar un tratado que tenía como objetivo primordial la obligación de entregar a terceros países, en concepto de reparaciones de guerra, la mitad de los valores alemanes que Suiza poseía en aquel momento. Puesta bajo la lupa, la prosperidad suiza dejaba mucho que desear pues se construía a partir de su condición de guardiana de capitales extranjeros dudosos, a los que protegía con el secreto bancario.¹⁶

La perspectiva de Martínez Estrada va en este sentido; registra en su testimonio la conciencia de encontrarse en la sede de la riqueza internacional: “¡Un país tan chico y con un ombligo tan grande de la riqueza internacional; hogar cosmopolita de millonarios y desterrados!”. Este pensamiento y la ironía están presentes en la mayor parte de su discurso sobre Suiza:

Al pisar la tierra de la libertad suspiré con nostalgia, pues ¡cuántos miles de millones de pesos, bolívares, soles, escudos y otras divisas, en oro y en papel, estaban depositados allí, enviados por los padres salvadores de la patria latinoamericana! De los próceres argentinos debía haber una torre de oro de 24 kilates. ¡Qué montaña de dólares, libras, francos, pesetas, esterlinas, acarreábanse diariamente por aviones, vapores y ferrocarriles a este inexpugnable baluarte de la independencia política! (Martínez Estrada, 1957, “U.R.S.S.”).

15 Sin ir más lejos, hasta la tachadura y sustitución del adjetivo en la siguiente frase nos conduce al valor que atribuye a lo suizo: “Ahora tengo ante mí la ciudad iluminada por un sol esplendoroso y ~~munífico~~ liberal” (Martínez Estrada, 1957, “Berna”).

16 La degradación de lo suizo formaba parte de la imagología que circulaba en Europa por lo menos desde el siglo XVIII, como puede verse en algunos escritos de Chateaubriand, quien, entre otros pensadores, había esbozado tempranamente una imagen de Suiza como caja de caudales y de lucro. “Neutres dans les grandes révolutions des Etats qui les environnaient, les Suisses s’enrichirent des malheurs d’autrui et fondèrent une banque sur les calamités humaines” (Chateaubriand, 1820, pág. 166).

El escritor pareciera estar obsesionado con la idea de que este es el país a donde ha ido a parar una parte de las riquezas nacionales.

Aquí acuden de todos los países los bienes que los gobiernos de orden sustraen a la rapacidad de los descamisados y todas las divisas se convierten en oro. Aquí no se trata del ahorro sino del acarreo en transatlánticos y aviones de carga de lingotes de oro, reservas de los bancos centrales, de las cajas de ahorro y de jubilaciones y de cuanto los dictadores arramblan para cuando sean derrocados ¿Por qué Suiza jamás ha sido invadida militarmente ni bombardeada? (Martínez Estrada, 1957, “Ginebra”).

Aquí se reconoce, detrás del viajero, al ensayista de la moral nacional, el que desde sus primeros trabajos señalaba a la corrupción como una de las invariantes históricas de la Argentina. En esta acusación contra los dictadores sudamericanos, hay algo más y es que recae sobre uno en particular, sobre Perón. A pesar de ser un presidente constitucional, los sectores opositores se referían a él como el “Dictador” y el “Tirano”. Luego de su derrocamiento y abandono de Argentina en 1955, surgieron especulaciones acerca la apropiación de un gran caudal de riqueza de las arcas de la nación por parte del general. En realidad, las sospechas de trasiego de fondos por parte del mandatario se hicieron sentir desde muy temprano. Recordaremos al pasar que la publicación de *El Libro Azul* por parte de los Estados Unidos en 1946 había alimentado la “leyenda” de que el gobierno peronista había acogido no solo a los jefes nazis, sino también los tesoros del Reich. Más adelante, en 1955, Silvano Santander, un antiguo colaborador del controvertido embajador estadounidense Spruille Braden, publicó una obra sobre el vínculo de Perón con los nazis: *Técnica de una traición. Juan D. Perón y Eva Duarte agentes del nazismo en la Argentina*. En ella, entre otras cosas, Santander afirmaba que la pareja presidencial disponía de una cuenta en Suiza a nombre del hermano de Eva Duarte y que los fondos habían sido transportados por la primera dama en su viaje a Europa, en 1947.

Volviendo sobre el fragmento en cuestión, hay que apuntar que incluye otra alusión expresa a la realidad argentina en su mención de los “descamisados”, un término acuñado originalmente por las clases altas para designar a los seguidores de Perón, pero que luego fue incorporado al vocabulario con el que la propia clase obrera peronista se identificaba. La palabra respondía a una ideología que valoraba la idea del trabajo productivo, por lo que su revalorización en términos políticos llevaba implícitamente una condena del ocio, propio de la cultura de élite. Desde nuestro punto de vista, creemos que la “rapacidad” que Martínez Estrada

señala en los descamisados no se explica tanto por un prejuicio de clase como por la concepción del autor de que el peronismo habría alentado un “sistema de bandidos” (2005, pág. 350): “Perón no ha creado un espíritu de reivindicación social sino de rapiña legalizada” (2005, pág. 354). Este era parte del drama moral que, según él, vivía –y viviría– el país, aunque Perón ya no estuviese en el poder.

Del ensayista lúcido al viajero ingenuo

La Guerra Fría, el desastre de la Guerra de Vietnam, su reciente compromiso con la causa y las redes del pacifismo comunista, la propia condición de estar en un viaje financiado por el Comité de la Paz, son algunos de los factores que determinan la agenda política, el imaginario y la belicosidad con los que Martínez Estrada escribe sus ficcionalizados “testimonios” de este viaje.

En primer lugar, deseamos llamar la atención sobre un modo de autofiguración que el autor elige para algunos de sus testimonios, el del viajero sentimental, idealista y, por lo general, ingenuo, que transita por el país valiéndose de un texto cultural espiritualizado que adoptaría de la tradición liberal. Así, el viajero suele ver en Suiza un organismo immaculado y no parece percibir los aspectos que degradarían esa construcción utópica. Esta figuración contrasta con la lucidez y la captación profética de la realidad sobre las que Martínez Estrada había construido su imagen pública de intérprete –“radiógrafo”– de la nación argentina. La metáfora de la vista y de los ojos fue fundamental en la constitución de sí mismo como autoridad. En los relatos de sus aventuras suizas, en cambio, el narrador-protagonista parece no ver más allá de la superficie, es una suerte de Cándido voltairiano que camina extasiado por una Ginebra que se le representa como el cenit del bienestar y la perfección:

Aquí en esta venerable tierra de osos leñadores, máquinas desnatadoras y hoteleros, tierra de la hospitalidad, la exactitud cronométrica, el aseo, el pudor, la paz y la prosperidad, me sentí compenetrado de la infinita quietud que llegaba de las colinas, las casas y los palomares. Iba cavilando sobre lo fácil que sería solucionar todos los conflictos de fronteras, atemperar la tensión de la lucha de clases, suprimir los armamentos, readaptar los delincuentes, aquietar a los agitadores profesionales, a los enemigos del orden y de la *pax* romana cristiana, a los conquistadores del poder, a las seductoras comerciales; lo sencilla que sería la vida en común, sin alcoholistas, jugadores, meretrices, avaros, estafadores, militares, policías, abogados, políticos, diplomáticos y recaudadores. En cada plaza encontraba un palomar; en cada calle una sociedad colombófila, bares lácteos,

chocolaterías, florerías, cremerías y fábricas de *souvenirs* y *portbonheurs* [sic]. Los rostros de los transeúntes rezumaban bonhomía y tolerancia; los de los ancianos eran patriarcales, los de los niños y mujeres, angelicales, los de las adolescentes, querubínicos. No era preciso estrecharnos las manos ni saludarnos a la francesa para ser amigos. Aquí quisiera vivir y morir en paz; vivir en una confitería y morir en un lecho de plumas (Martínez Estrada, 1957, “Ginebra”).

La representación de sí mismo aparece cargada de ironía, al punto de rozar la caricaturización. ¿Cómo explicar la opción por la ingenuidad y el sentimentalismo del personaje de Martínez Estrada? ¿Son estos parte de una sátira? ¿Son parte de un juego que se permite el autor en el mismo momento en que fraguaba en el campo intelectual argentino su imagen de crítico implacable, luchador social, de profeta miserable?

El segundo punto en el que nos detenemos es la estrategia que describiremos como desdoblamiento del yo autoral y que consiste en oponer al viajero ingenuo que es Martínez Estrada en su transposición literaria, otros personajes que vienen a aportarle sentido crítico y a sacarlo del error al que lo ha inducido su miopía ante la realidad suiza. En estos personajes se reconoce la voz de denuncia del ensayista. Veamos un ejemplo.

El narrador-protagonista ve en Ginebra un escenario idílico debido a la profusión de palomas y sociedades colombófilas.¹⁷ Allí tiene un encuentro con un anciano de ojos celestes y “rostro beatífico” que alimenta palomas en una plaza. “Su aspecto trasciende paz, bondad y comprensión. Debe ser, pienso, miembro conspicuo de alguna sociedad colombófila”. Al ver que tiene dos condecoraciones palumbarias (una del Comité Pro Paz del Vaticano y otra del “Comité de la Paz fría”), Martínez Estrada intenta entablar conversación con él; más precisamente, busca impresionarlo, pero el anciano

no da muestras de sorpresa cuando le digo que también yo amo a las palomas y que por añadidura soy miembro del Comité de la Paz de mi país. Insisto diciéndole que he pronunciado discursos contra el empleo de la bomba atómica, contra la guerra caliente, contra la fría, contra la discriminación racial y en pro del Zollverein, del desarme y de los congresos internacionales (Martínez Estrada, 1957, “Ginebra”).

En vista de esto, decide dejarlo ocupado con sus palomas y seguir

17 Desde que Pablo Picasso diseñó la imagen central del cartel del Congreso Mundial por la Paz de 1949, la representación de paloma como símbolo de la paz se había intensificado. Pero también interesa recordar para acercarnos a la autoficción que propone Martínez Estrada, su enorme afición por los pájaros. En *La cabeza de Goliath* incluyó apartados dedicados a las aves: “Pájaros”, “Gorriones”, “Palomas y Golondrinas”. Por otra parte, recordó frecuentemente que su pasión por la ornitología era algo que lo hermanaba con W. H. Hudson, quien dedicó varias obras al estudio de los pájaros y a cuya memoria está dedicado el santuario de aves del Hyde Park de Londres.

camino, suspirando por una Suiza que es una Santa sede de la humanidad, interpretando al país a través de la devoción a las palomas. Pero pronto divisa algo disonante en ese paisaje: negocios de venta de rifles y escopetas. El viajero se tranquiliza pensando que servirán a la caza deportiva de especies predatorias y que “contrabalanceaban el espíritu universal de mansedumbre que, extremado, hubiera podido llevar a los ciudadanos al ascetismo y al arrobó místico”.

Más tarde, en una cena con otros huéspedes de su alojamiento, comenta estas cosas y otros aspectos curiosos y encomiables de la vida helvética. Los comensales son un conjunto de personajes satíricos representados como agentes comerciales y militares. Entre ellos destacan un viajero dominicano de la Trujillo Dulles and Company (una firma claramente inventada por el autor para ligar la alianza de la dictadura de Trujillo con la política exterior de los Estados Unidos) y un agregado militar del Caribe. A esto se suman los nombres de empresas y cárteles estadounidenses, como McCarthy and Marshall y la Heavy Steel Corporation. El viajero argentino observa que algo sumamente alentador en aquel país es la inexistencia de ejércitos, pero uno de los comensales lo contradice:

Los tiene, pero no aquí. Los tiene en todo el mundo occidental. Los tiene, señor mío –insistió mirándome con fijeza–, equipados con armamentos atómicos, bacteriológicos y H. Por eso vive en paz, porque posee las armas más mortíferas que la fantasía científica ha llegado a concebir (Martínez Estrada, 1957, “Ginebra”).

El encargado de aleccionar al viajero “ingenuo” que ve en Suiza la sede incontaminada de la humanidad agrega la alianza de este país con “los gobiernos que combaten sublevaciones populares y las ideas subversivas”, con cárteles y organismos de inspiración belicista. El desencanto de Martínez Estrada se hace mayor cuando alguien le informa que en Ginebra también hay sociedades de tiro a la paloma. Él se resiste a creerlo y propone su propia experiencia como refutación:

Esta tarde he presenciado un cuadro evangélico, conmovedor –agregué, para no darme por vencido–. Un anciano venerable daba de comer a las palomas, cubierto, rodeado de ellas. Les hablaba, las acariciaba y les ponía un grano de trigo en la boca.

Esta visión idílica es anulada inmediatamente cuando le comentan que el personaje con el que ha tratado es un reconocido “miembro de setenta organizaciones de Tiro a la Paloma”, preocupado por la multiplicación de las mismas. El nombre elegido para el anciano es significativo y revela las estrategias ficcionales y de sátira política de las que se vale el autor. El

anciano es identificado como “Mr. Nixon Foster”, pero en el manuscrito se observa un nombre tachado debajo de este, el de “Dulles”. Martínez Estrada pretendía aludir abiertamente a John Foster Dulles, Secretario de Estado de Estados Unidos entre 1953 y 1959, que había asistido a la conferencia de Ginebra de 1954, instancia que diseñó el panorama político que derivaría en la guerra de Vietnam. Dulles era reconocido por una política agresiva en relación al uso de armas atómicas en el combate al comunismo. El nombre por el que opta finalmente el autor, “Nixon Foster”, no está exento de este afán mordaz, pues mantiene la alusión a Dulles e incorpora el apellido de Nixon, por entonces, vicepresidente de Eisenhower.

¿Qué busca el autor con estos ardidés satíricos? Sin duda golpear al imperialismo estadounidense y al pacifismo liberal que este lideraba entre las potencias occidentales. El empeño de “Mr. Foster Dulles” en la cría de palomas es una alegoría del proceder del bloque occidental, expuesto a través del personaje del agregado militar del Caribe: “Sin destrucción no hay creación. Sin guerra no hay paz, sin luz no hay sombra, sin pecado no hay virtud”. Detrás de la cría de palomas hay un plan de dominio de escala universal, pues: “Un pueblo sin palomas es un pueblo ingobernable. En vez de asambleas de palomas en las plazas, habría sediciones y peroratas revolucionarias. Las palomas son atarácicas”. El militar caribeño, en el que el autor representa a un portavoz de la filosofía estadounidense, se define como “partidario de la paz y de las palomas”, pues “siempre tiene que haber pueblos pacíficos, pueblos agricultores, palomas y conejos. Sin conejos no hay galgos; sin palomas no hay tiro al blanco, sin tiro al blanco no hay palomas”.

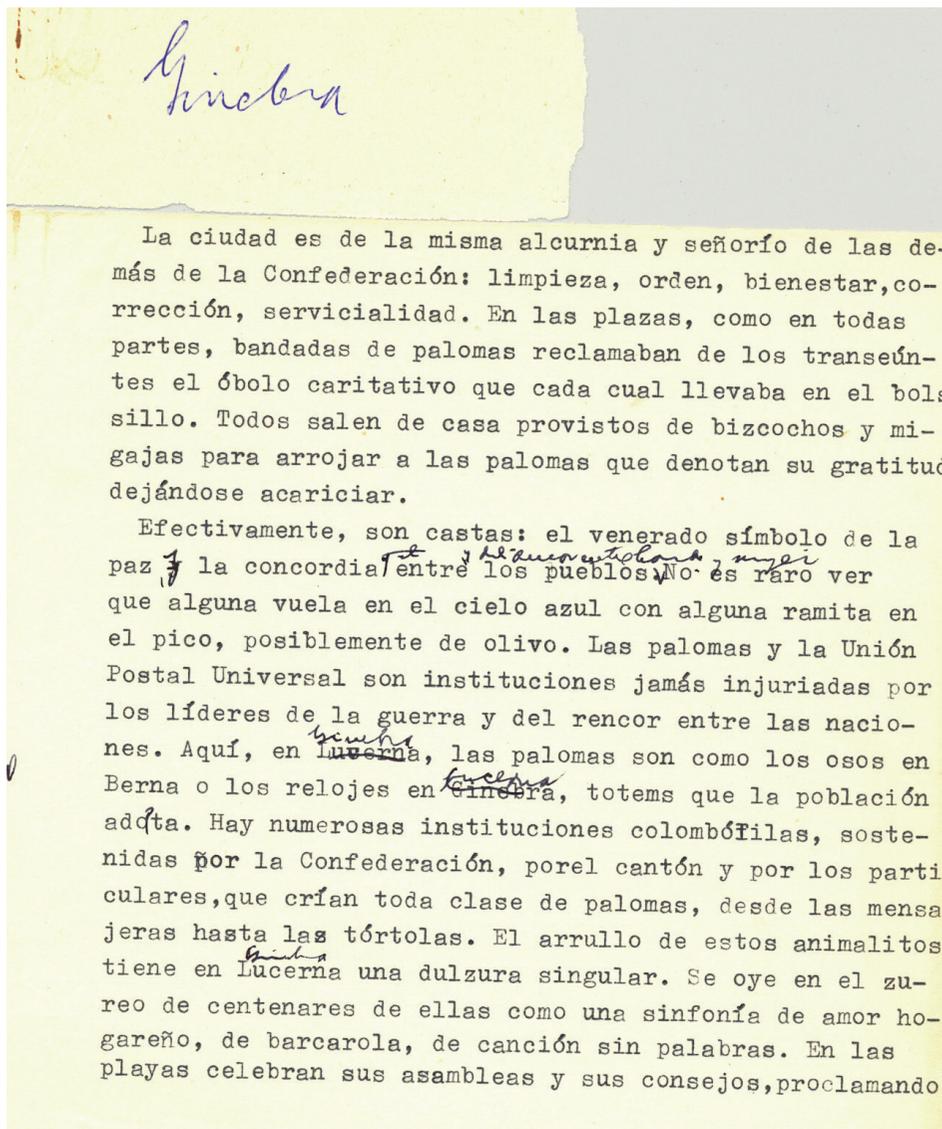
De este modo, Martínez Estrada transforma la narración de su viaje en un alegato a favor de un pacifismo que considera “puro” –el de izquierda– y en una denuncia de las intenciones imperialistas de Estados Unidos. En otras palabras, trastoca ficcionalmente su experiencia de viaje para así intervenir en la batalla ideológica de su tiempo.

Berna y el peronismo del “aluvión zoológico”

Podría decirse que el hallazgo de las palomas en Ginebra, como tótem y símbolo de la ciudad, tuvo en Berna su correlato en el oso, figura central de la cultura de este cantón, como se comprueba en su heráldica, en la leyenda de fundación y en el propio nombre de la ciudad. Una crónica temprana cuenta que el duque Herzog Berchtold V von Zähringen, decidido a fundar un nuevo burgo, dispuso que el emblema y el nombre de este estarían

relacionados con el primer animal que cazaran allí sus hombres. Ese animal fue un oso y desde el siglo XII forma parte de la identidad y del imaginario bernés.

Es de suponer que la toma de contacto con esta historia, unida a la visita a la fosa que desde hace siglos concentra la atención de los visitantes (*Bärenggraben*) y a la que llama “foso eclesiástico” de los osos, inspiraron al escritor parte de su “testimonio” de la estadía en Berna, un relato inserto



Folio mecanografiado, con correcciones y agregados autógrafos, del borrador del testimonio del viaje a Ginebra.

en un marco de veracidad que se ve inesperadamente trastocado por la relación de hechos que imponen una atmósfera marcada por lo maravilloso y en el que el autor concreta la ficcionalización más radical y acabada.

Estaba en el umbral de la estación, indeciso de si encaminarme al hotel que me habían recomendado o dar antes unas vueltas por la ciudad, cuando advertí ante mí un enorme oso pardo, muy ceremonioso, que con una mano me hacía señas de que lo siguiera y con la otra se golpeaba suavemente el pecho que cruzaba una banda con la leyenda: Hotel Osorio. Contesté que no con la cabeza y avancé hacia la calzada. En ese momento se daba paso a los peatones. Cruzaron pausada y ordenadamente infinidad de personas de toda edad, aspecto y porte, pero como si fueran miembros de una familia política. Entre ellas, entremezclados, algunos osos blancos y pardos, adultos y adolescentes, empujando cochecitos de bebés, con bolsos de mercado o acompañando niños escolares cuyas carteras llevaban aquellos en bandolera. (Martínez Estrada, 1957, “Berna”)

En el relato del autor argentino las calles de Berna están pobladas de osos que conviven en paz, integrados en la sociedad como mano de obra, cumpliendo funciones diversas: conducen automóviles, tranvías, cuidan niños, dan indicaciones a los turistas, ayudan a las ancianas en el cruce de la calle.¹⁸ Están completamente domesticados y, según el autor, su grado de humanización es tal que, si tuvieran lenguaje, pasarían por seres humanos, pues tienen los mismos modales que los ciudadanos.

Un intertexto evidente de esta elucubración de Martínez Estrada que difumina las fronteras entre osos y hombres, puede hallarse en el poema épico *Atta Troll. El sueño de una noche de verano* (1847) de Heinrich Heine.¹⁹ En esta obra el poeta alemán propone, por un lado, una alegoría política (una defensa de la libertad del pueblo y de la fraternidad universal) y, al mismo tiempo, una alegoría literaria (en la que

18 En cierto modo, podríamos considerar que los osos de este relato, representan de forma anticipada al trabajador inmigrante en Suiza, una realidad que se vio incrementada a partir de la década de 1960.

19 Martínez Estrada era un gran admirador de Heine, en el que reconocía a un “hermano mayor” en la lucha por la libertad y en su humanismo. La figura del poeta alemán es retomada por nuestro autor en 1956, momento, como se ha comentado, de su reposicionamiento en el campo cultural argentino. En ese mismo año, en coincidencia con el centenario de la muerte del poeta escribió el ensayo “Heine y la libertad”. En él, entre otros aspectos de interés, el ensayista se centra en dilucidar el que considera el enigmático sentido de *Atta Troll*. En este ejercicio hermenéutico, Martínez Estrada muestra el profundo conocimiento del texto, la época y el pensamiento de su autor. En la nota sobre Berna, menciona explícitamente esta obra de Heine, proponiendo que las descripciones de la vida familiar de Atta Troll le vienen a la mente al ver transitando a los osos y sus familias por las calles de la ciudad.

podría leerse la muerte del romanticismo). Atta Troll es un oso que, junto a Mumma, su esposa, anima con sus torpes bailes la feria de Cauterets, en el Pirineo francés. Un buen día, se libera de su yugo y corre a refugiarse en su cueva, junto a sus oseznos, a los que cuenta lo que ha vivido entre los hombres, expone su doctrina igualitaria y una extensa invectiva del género humano y su falta de respeto a los derechos de las minorías. Lo que hace de Atta Troll un héroe igualitario, un adalid de la justicia social, muy en la línea del socialismo utópico de su autor.

Los osos de Berna, según la descripción de Martínez Estrada, son iguales pero diferentes: “Da gusto entenderse con esos seres que han dejado de ser animales irracionales sin haber adquirido del todo, por lo menos hasta ahora, los atributos humanos de razón, cálculo y picardía”. La caracterización de las bestias y la descripción de su comportamiento con los humanos es muy interesante y poéticamente muy lograda. El autor refiere la costumbre que tienen los osos de las montañas de refugiarse entre los humanos durante el invierno: “entran en la ciudad, cabizbajos, silenciosos, humildes, y se hospedan en las habitaciones que tienen destinadas a ellos los osos urbanos en las casas de cuyas familias forman parte”, y compara esta práctica con “la visita anual de los parientes pobres a los ricos”. Durante lo que dura la estadía,

las hembras ayudan a las dueñas de casa, los oseznos offician de niñeras, van a los mandados, lavan y tienden los pañales; los osos padres trabajan [...] en puestos de responsabilidad y en faenas pesadas como la albañilería, el transporte a hombro de tirantes de hierro y vigas de madera, carga de fardos, balas y cajones de mercaderías, mudanzas, cambios de lugar de las cajas fuertes, los pianos, etc. Durante esos tres meses de hibernación se desarrollan los planes de obras públicas, carreteras y blanqueo de chalets y villas de veraneo²⁰ (Martínez Estrada, 1957, “Berna”).

Al finalizar la hibernación, los huéspedes reciben “una vianda abundante, repletos los morrales de hortalizas, carne en conserva, tortas de

20 El folclore europeo es pródigo en leyendas de hospitalidad humana hacia los osos, lo que pudo haber inspirado al autor. El escritor Eugenio D’Ors recoge una que muestra gran cercanía con el relato del argentino: “Hay el cuento del Oso que, agradecido a la hospitalidad de una casera, que le deja calentarse junto al fuego, cuando un temporal de nieve, se queda en la casa, hace en ella la vez de cocinero y de niñera, y permanece en esta situación largo tiempo, con uso de habla, naturalmente (o tal vez de canto); hasta que un día, al ver que la leche puesta a hervir en el fogón se vierte sobre las brasas, lanza un gran gemido, y, en una canción, le dice a su huésped que tiene que marcharse, porque se había olvidado del deber de cuidar a sus propios hijos” (D’Ors, 1946, pág. 79).

miel y de grasas, pasteles de almendras y maní”, se abrazan con sus parientes urbanizados y regresan a los bosques y montañas.

Ahora bien, algo preocupante incuba en este clima de armonía y es el crecimiento abrumador de la población de osos:

Tal es la profusión de osos, en fin, que sueña el turista con ellos sin que al despertar pueda discernir el sueño de la realidad. No distingue bien los osos de las personas, pues aquellos y éstos se comportan de modo semejante debido acaso a la larga convivencia. [...] Según el último censo, que puede consultarse en todas las oficinas públicas, hoteles, bares y confiterías, la población de Berna era en 1957, de 600.000 ciudadanos y de 536.000 osos, que tienen ahora el título de ciudadanos honorarios. Como la natalidad de los osos es cuatro veces superior a la humana, se calcula que para 1963 habrá mayoría de ciudadanos honorarios (Martínez Estrada, 1957, “Berna”).

El autor compara este hecho, la amenaza de un crecimiento del número de osos que supere al de los humanos, con la magnitud que en Estados Unidos cobró la negritud y advierte que este tipo de hechos despierta propuestas racistas, malthusianas e higienistas.

Ahora bien, ¿a quiénes representan estos osos? En primera instancia, se podría afirmar que a la masa obrera del país helvético, pero si se avanza en los detalles, veremos que pueden ser interpretados como una alegoría de los trabajadores argentinos, como puede entreverse en el sugerente pasaje que transcribimos a continuación:

Antaño, todos los viernes, se celebraban grandes manifestaciones políticas por las calles. Se iniciaban a las cinco de la tarde. Lloviera o no, pues era una ceremonia ritual. Procesiones de más de treinta mil osos desfilaban con estandartes que ostentaban un Hércules que tiene apoyada una mano en una clava. [...] Desde hace cuarenta años esas manifestaciones no se realizan los viernes, sino los jueves. Marchan los osos en silencio, en dos piernas, a largos trancos y entonan himnos marciales con instrumentos de viento y percusión. La música es de origen folklórico, típicamente suiza, y los instrumentos más apreciados son la trompeta, el tambor, la gaita y el fagot grave. La pandereta que se usaba antaño ha sido proscrita, por considerársela símbolo de la era de esclavitud o, como dicen algunos historiadores, del cautiverio de los gitanos. Ese día de la semana, el jueves, cierran los negocios y se paraliza el tránsito de vehículos. Muchos ciudadanos permanecen en sus casas, cerradas las puertas con llave, contemplando desde los balcones y ventanas el paso de los manifestantes que desfilan con porte marcial al compás de las charangas (Martínez Estrada, 1957, “Berna”).

Es posible vincular esta descripción de las manifestaciones de osos a los “Jueves Peronistas”, las manifestaciones de los obreros argentinos por las

calles céntricas de Buenos Aires, una práctica que mantenía a la burguesía resguardada en sus casas y formaba parte de un ritual político durante el peronismo clásico. Esta marcha semanal representaba una conmemoración de los emblemáticos 17 y 18 de octubre de 1945, cuando se movilizaron alrededor de 500.000 trabajadores, en lo que constituyó la fundación del movimiento peronista.²¹ El diálogo entre este pasaje de los osos y la toma de la calle por los trabajadores se hace evidente si repasamos la propia descripción de Martínez Estrada de aquel “Día de la Lealtad”:

El 17 de octubre salieron a pedir cuenta de su cautiverio, a exigir un lugar al sol, y aparecieron con sus cuchillos de matarifes en la cintura, amenazando con una San Bartolomé del barrio norte. Sentimos escalofríos viéndolos desfilar en una verdadera horda silenciosa con carteles que amenazaban con una revancha terrible (2005, pág. 56).

“Los hijos de nadie” del *Martín Fierro*, esos que habitaban fuera de la capital porteña, habían ingresado repentinamente a la ciudad (y a las altas funciones públicas) con Perón (Martínez Estrada, 2005, pág. 284); por fin habían logrado visibilidad. Sin embargo, el aspecto y el lenguaje de esta gente fueron percibidos como los de una fiera y su presencia en las calles como una invasión zoológica. Esto se tradujo en la locución del político radical Ernesto Sanmartino en una sesión de la cámara de diputados en 1946. En vista del nuevo bloque de legisladores peronistas, Sanmartino exclamó: “El aluvión zoológico del 24 de febrero parece haber arrojado a algún diputado de su banca para que desde ella maúlle a los astros por una dieta de 2.500 pesos. Que siga maullando, que a mí no me molesta...” (Gambini, 2007, pág. 357).²² Este exabrupto no fue un hecho aislado, sino que forma parte de un longevo imaginario de animalidad en torno al pueblo peronista. Un intertexto bastante comentado que puede traerse a colación es el que se establece con un relato como “La fiesta del monstruo” (1947), escrito por Borges y Bioy Casares y publicado bajo el seudónimo de Bustos Domecq, pues se inserta en esta tendencia al representar con intención animalizante a los militantes peronistas que acuden a un acto en la Plaza de Mayo, donde el líder del movimiento hablará a sus seguidores. El ininteligible lenguaje

21 Al 17 de octubre de 1945 (miércoles) se lo conoce como “Día de la Lealtad”. El 18 de octubre (jueves) tuvo lugar una huelga y movilización obrera en apoyo al líder. Con la institucionalización del poder, el 18 de octubre fue llamado “San Perón”, y era un día de descanso para los trabajadores, establecido de forma oficial.

22 Esta expresión denigrante más el cruce de agravios entre Sanmartino y el diputado peronista Eduardo Colom motivó que se citaran en un duelo a pistola, que finalmente no se celebró porque el encargado de llevar las armas llegó tarde. Los variados incidentes de Sanmartino le valieron un destierro en Uruguay hasta la caída del general Perón en 1955 (Gambini, 2007, pág. 357).

del narrador, uno de los miembros del movimiento, revela la estrategia de deshumanización o bestialización de quienes apoyan al “Monstruo”.

El propio Martínez Estrada también recurrió a esta figuración zoológica, aunque investido de compasión y paternalismo. En *¿Qué es esto?*, brindaba consejos a la élite liberal para acercarse el pueblo:

El pueblo es una fiera terrible; ¡no lo hostiguéis, porque estaba cansado y ahora está enconado! No abráis las jaulas pero tampoco echéis nuevos cerrojos. Entrad en las jaulas; sacadlos con prudencia; habladles en vez de mostrarles el látigo: “Ven, hermano lobo, tiéndeme la pata” (2005, pág. 352).

Esa fiereza temida, esa posibilidad de la invasión por el que es igual (un compatriota) pero de “otra clase”, se palpa también en el relato de Berna, pues los pacíficos osos representan para los hombres una inquietante posibilidad:²³

Algunos sociólogos vaticinan que si un día más o menos próximo, los osos lograran coordinar sus fuerzas y organizarse en clase confederada, con conciencia de tal podrían ocupar la ciudad, sus mercados, casernas, iglesias, bancos y tomar posesión del gobierno de la Confederación, de la Unión Postal Universal, de la Central de Hoteles Cosmopolitas, de la Central de Telégrafos y Teléfonos, de la Casa Matriz de la Banca Internacional, de las escuelas de equitación... (Martínez Estrada, 1957, “Berna”).

De este modo, el autor vuelve a representar, mediante esta alegoría, el miedo a la invasión que sentía la alta burguesía argentina y que aparecía ya en su relato “La inundación”, o en un cuento como “Casa tomada” de Cortázar.²⁴

En Berna, según el relato que analizamos, hubo dos tentativas de invasión frustradas, una en 1767 y otra en 1934.²⁵ Esta última no fue tanto un asedio, sino una “sedición pacífica, una desobediencia civil que resultó perfectamente sincronizada y organizada como con un plan”.

23 Para Martínez Estrada, como para Heine, el oso domesticado representa el ánimo de revuelta. En *Atta Troll*, aparte de que el personaje homónimo se libere de su esclavitud de oso danzarín, también se sugiere el final definitivo de toda servidumbre animal, de donde podría partir la alegoría de Martínez Estrada: “Sombrío, en su sombría cueva, / Rodeado por los suyos, / el misántropo Atta Troll / gruñe y rechina los dientes: / ¡Hombres, altivos canallas! / ¡Sonreíd! ¡Habrá un gran día /Que nos libere de vuestras / Sonrisas y vuestro yugo!” (Heine, 2011, pág. 71).

24 Para ver en profundidad el conflicto que representan las masas del peronismo para los intelectuales y la recurrencia de la idea de invasión en la literatura argentina del período, se recomienda ver Avellaneda 1983 y Navascués 2017.

25 Una obra que podría haberle servido como inspiración, pero que desconocemos si habrá sido leída por el autor, es *La famosa invasión de Sicilia por los osos* (1945), un libro para niños de Dino Buzzatti. En ella se cuenta que durante un invierno terrible los

El 6 de junio de 1934, a la aurora, los osos todos de Berna resolvieron abandonar la ciudad y retornar al país de los antepasados. Soltaron a los cautivos del foso, los penates, prepararon sus maletas, alistaron los hijos y emprendieron la marcha, otra vez en orden y en silencio por las calles y los puentes. La población humana contemplaba atónita el éxodo desde las ventanas y los balcones. Todo el mundo temblaba de pánico y estupor. [...] Se destacó un centenar de cuerpos parlamentarios para proponerles condiciones ventajosas de vida, depósito de sueldos en cajas de ahorro, concesiones, privilegios y regalías. [...] Pronto a los inconvenientes de la falta de brazos para los trabajos pesados y los livianos, de mozos de cordel y de niñeras, de amas de cría, mandaderos y servidores de la Confederación, se unía el temor a la represalia de las divinidades totémicas (Martínez Estrada, 1957, “Berna”).

Este paro de las fuerzas productivas, que sume a las amas de casa en una crisis de abatimiento, podría vincularse a la situación de Argentina por entonces, pues se encontraba inmersa en una honda crisis obrero-sindical desde 1956.²⁶ Puntualmente entre septiembre y octubre de 1957, momento del viaje de Martínez Estrada a Suiza y la Unión Soviética, tuvieron lugar dos huelgas generales fomentadas por el bloque peronista del sindicato y la CGT (Rock, 1988, págs. 416-417). A las huelgas se sumaron manifestaciones y explosiones de bombas en varios lugares de la ciudad, lo que determinó la declaración de estado de sitio y la detención de más de 150 personas, en su mayoría, gremialistas. Evidentemente, el esfuerzo de Aramburu de sofocar el peronismo tuvo el resultado contrario y lo revitalizó puesto que los trabajadores volvieron a tener a Perón como su benefactor.

El relato alegórico sobre los osos de Berna es sumamente significativo pues un tema espinoso en esa Argentina que volvía a manos de la oligarquía era precisamente cómo gobernar a la masa trabajadora. Desde nuestro punto de vista esto se refleja en las negociaciones de los ciudadanos berneses con los osos emigrados, cuando la mayor dificultad era

entenderse con los núcleos que progresivamente y día a día iban cayendo o decayendo al estado bárbaro de hordas. La influencia del paisaje agreste fue pernicioso. Las conquistas de la civilización y del amaestramiento, fruto laborioso de toda la población humana de Berna durante ocho o nueve siglos, iba borrándose rápidamente (Martínez Estrada, 1957, “Berna”).

osos deciden descender a la ciudad en busca de alimento. Su rey, Leoncio, aprovecha la invasión para rescatar a su hijo, cautivo en la corte del Gran Duque. Tras vencer a este, los osos fundan en Sicilia su propia civilización y conviven durante años con los hombres.

26 Por estos años tuvo lugar la huelga más larga de la historia argentina, conocida como “La huelga de los locos”. Se trató del paro de la Federación de Obreros de Construcciones Navales, de tradición anarquista, que se extendió desde octubre de 1956 hasta noviembre de 1957.

Finalmente, cuenta Martínez Estrada, los osos regresaron movidos por la añoranza de los hombres y de las casas tan confortables de la ciudad. Desde entonces, viven en confraternidad, y así es como dice encontrarlos al momento de su visita a Berna. Ese estado de entendimiento, de jerarquías y roles inalterados, parece ser el deseable según esta alegoría de signo paternalista. De esto se infiere que el escritor, cuyo discurso público perseguía demostrar su conversión a la causa del pueblo, aquí se aproxima al proletariado, pero no alcanza a concebir un orden político diferente.

También en el comentario de *Atta Troll*, en su ensayo “Heine y la libertad”, dejaba entrever su simpatía por el pueblo y al mismo tiempo su falta de confianza en su poder. Atta Troll, al poco tiempo de su huida a la montaña, recibía la muerte de parte del cazador Lascaro, alter-ego de Heine. Martínez Estrada interpretaba la muerte del héroe como un hecho inevitable, pues “Atta Troll representa a los que defendiendo una buena causa la tornan despreciable”. Si bien la intención libertaria de Atta Troll era justa y sus ideales nobles, su defecto radicaba en que no sabía expresarlos (“por lo mismo que tenía hermosas y potentes patas y no sabía bailar”). El tiempo pasado en cautiverio y desarrollando tareas bajas lo habían convertido “en un enemigo de toda excelencia, en un resentido” (Martínez Estrada, 1967, pág. 85). La figura del resentido evoca claramente la mentalidad de la burguesía antiperonista. Durante mucho tiempo, esa fue la acusación más corriente para deslegitimar al populismo y sus defensores. Así, Atta Troll es como aquellos miles de argentinos que salieron a la calle buscando “una revancha terrible”. Y la muerte del oso es, en el esquema de Martínez Estrada, la muerte del pueblo resentido.

Por último, solo nos resta apuntar que, aunque distanciado de la “Revolución Libertadora”, el autor coincidía con esta en la preocupación por la “regeneración” de la masa peronista, como se evidencia en la profusa cantidad de ensayos y discursos dedicados a la educación contenidos en los libros publicados entre 1956 y 1957. De este modo, es posible leer en este desarrollo alegórico-fantástico la huella de los antiguos temores y ansiedades de la intelectualidad antiperonista, así como ciertas señas de identidad de la élite liberal (el grupo civilizado que ilumina y conduce a la masa ignorante). Estas contradicciones nos permiten valorar los textos derivados de la experiencia suiza como reflejos del intersticio ideológico en el que habitaba Martínez Estrada a partir de 1955, pero especialmente como una plasmación de las dificultades de concretar su proclamada conversión de las élites al pueblo. En definitiva, aunque por entonces Martínez Estrada pretendiera asumir un posicionamiento que lo alejara de la mentalidad

liberal, en textos como los que comentamos aquí, no se lo percibe tan distante de esta.

Conclusiones

En este trabajo hemos leído los escritos del viaje a Suiza como un reflejo de la crisis del ensayista en relación a su identidad ideológica. En lo temático, los textos funcionan como un depósito de las diversas obsesiones y ansiedades que lo aquejaban por entonces, escenifican los alcances del trauma peronista –lo arduo de su comprensión; la herencia que este legaba–, el tironeo íntimo entre una formación política y cultural de signo liberal y su desplazamiento hacia una posición de enfrentamiento con ese *statu quo* conservador.

En lo poético, la crisis del autor se evidencia, a nuestro juicio, en el ensanchamiento de la imaginación, aspecto que no está escindido del cambio de lenguaje que se percibe en su obra por esos años. Martínez Estrada mostró entonces una mayor libertad respecto de los cepos de la lógica y de las formas convencionales; otro modo de heterodoxia, podría decirse. Desde esta línea podría comprenderse que la elaboración de estos testimonios de viaje se aleje de la función testimonial y exhiba sus estrategias ficcionales de forma acusada. Si se deseara justificar estas elecciones poéticas desde un criterio performativo, podría considerarse la necesidad del autor de intervenir en un campo cultural altamente politizado por la situación argentina del posperonismo y las tensiones de la Guerra Fría. De ahí que trastocara el mundo referencial para ponerlo al servicio de su agenda de activista político y social. Pero la ficcionalización también puede haberle servido, en el marco de su conversión (entendida como reinención), como un ejercicio cognitivo, como el empleo de una racionalidad intelectual diferente –un ejercicio poético privado– que le permitió una exploración de las posibilidades de autofiguración en un escenario político nuevo.

Finalmente, tal como hemos planteado, la dislocación del autor, su transitar por un intersticio ideológico, determinó que sus escritos de viaje quedaran atravesados por la ambigüedad y por numerosas contrariedades que no llegó o no quiso resolver, y que podrían haber puesto en tela de juicio la seriedad de su discurso y de la figuración de sí mismo que se empeñaba en difundir por entonces. Este, conjeturamos, podría haber sido el motivo por el que los textos restaron inéditos.

Bibliografía

ABBEELE, Georges Van Den. (1992) *Travel As Metaphor. From Montaigne to Rousseau*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

ADAM, Carlos (1968). *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

ALBERCA, Manuel (2007). *El pacto ambiguo: de la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Biblioteca Nueva.

AVELLANEDA, Andrés (1983). *El habla de la ideología*. Buenos Aires: Sudamericana.

BIASI, Pierre-Marc de (2008) “¿Qué es un borrador? El caso Flaubert: ensayo de tipología”. Trad. Emilio Pastor Platero. *Genética textual*. Introducción, compilación y bibliografía Emilio Pastor Platero. Madrid: Lecturas, págs. 113-151.

BORGES, Jorge Luis (2008). *Atlas*. Buenos Aires: Emecé.

_____. (2009). *Los conjurados. Obra poética*. Barcelona: Destino.

BUZZATTI, Dino (2004). *La famosa invasión de Sicilia por los osos*. Trad. María Estebanez. Madrid: Gadir.

CHATEAUBRIAND, François-René de (1820). *Essai historique, politique et moral sur les révolutions anciennes et modernes*. Londres: Chez Henri Colburn.

D'ORS, Eugenio (1946). “Osos”. *Novísimo Glosario*. MCMXXXIV-MXMXXXV. Madrid: Aguilar, págs. 76-80.

FERRER, Christian (2014). *La amargura metódica. Vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Buenos Aires: Sudamericana.

GAMBINI, Hugo (2007). *Historia del peronismo. El poder total (1943-1951)*. Vol. 1. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

HEINE, Heinrich. (2011). *Atta Troll: el sueño de una noche*. Trad. y glosario Jesús Munárriz. Madrid: Hiperión.

ISER, Wolfgang (1990). “Fictionalizing: The Anthropological Dimension of Literary Fictions”, en *New Literary History*, Vol. 21. 939-955.

LAMOSO, Adriana (2017). “Figuras del intelectual e intervenciones polémicas en los ensayos posperonistas”. En Ezequiel Martínez Estrada. *Cultura, política y redes intelectuales*. México: UNAM, págs. 135-154.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (1957). *Escritos de viaje* (Incluye: “Berna”, “Ginebra”, “Zurich”, “Lucerna”, “URSS”, “Yasnaia Poliana”). Folio 22. Archivo de la Fundación Ezequiel Martínez Estrada (Bahía Blanca).

_____. (1967). “Heine y la libertad”. *En torno a Kafka y otros ensayos*. Comp. Enrique Espinosa. Barcelona: Ediciones Seix Barral, págs. 71-87.

_____. (2005). *¿Qué es esto? Catilinaria*. Buenos Aires: Colihue / Biblioteca Nacional.

NAVASCUÉS, Javier (2017). *Alpargatas contra libros. El escritor y las masas en la literatura del primer peronismo (1945-1955)*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

ROCK, David (1988). *Argentina 1516-1987: desde la colonización española hasta Alfonsín*. Trad. Néstor Miguez. Madrid: Alianza.

SARMIENTO, Domingo Faustino (1993). *Viajes por Europa, África i América: 1845-1847*. Ed. Javier Fernández. Colección ALLCA XXe Archivos, 27. Madrid: C.S.I.C.